

Islamabad, 29 de septiembre de 2001

EL GATO AFGANO

Respecto al tan manido tema de los refugiados, aseguran que " (...) éstos son los más privilegiados de los afganos (aparte de un sucinto número de millonarios cuya fortuna proviene directamente de Occidente o, indirectamente, de sisar y corromper la ayuda extranjera, con residencias por todo el mundo y de los que viven del comercio del opio). Están alimentados regularmente y en sitio seguro porque tuvieron recursos suficientes para hacer el viaje hasta el campo de refugiados: suficiente comida para el viaje, y dinero suficiente para pagar un pasaje en un transporte colectivo. Pero son muchos más los que no tienen esa suerte o están demasiado débiles o demasiado lejos."

Nuestros amigos han trabajado bajo el gobierno de la Alianza del Norte, grupo que los occidentales arman y apoyan ahora contra los talibanes, y también han trabajado bajo los talibanes: "la Alianza del Norte, grupo multiétnico y que aúna las ideologías más heterogéneas y mercenarias, tuvo al frente, entre varios cabecillas, al recientemente asesinado Ahmed Shah Masoud, un delincuente igual sino peor que otros jefecillos talibanes pero que, a diferencia de estos últimos, tenía don de gentes, y el "charme" de saber hablar francés. La prensa europea, sobre todo la francesa, hizo de él un héroe, cantando sus excelencias y comparándolo con el Che Guevara.

Los talibanes no tienen más que la educación ofrecida por las madrassas (escuelas coránicas que ofrecen armas, entrenamiento militar, comida y motivación) y eso, porque son gratuitas. Estas escuelas comenzaron a multiplicarse durante la guerra contra los rusos en Afganistán, dentro del país y en los campos de refugiados, financiadas por los EEUU y Europa, que habían elegido fomentar el fundamentalismo para luchar contra el comunismo. Pero esta política no era más que una continuación de la cruzada de Estados Unidos contra el comunismo por todo el mundo que se había iniciado mucho antes, con su sostén a ciertos gobiernos en el mundo y en esta zona, en particular, por el apoyo-sostén de la ultraderecha islámica en Paquistán (Jamát Islami), financiada también, mediante la impresión y venta de coranes, comprados al por mayor por los norteamericanos que, acto seguido, los tiraban desde barcos especiales al Golfo de Méjico (sin soliviantar así la sharia (ley islámica), que es muy estricta en lo que respecta al trato físico del Corán y permite, sin embargo, el hundimiento del Corán en aguas marinas).

Los talibanes, en su mayoría, no han conocido más que guerra durante toda su vida, pero han ejercido una influencia positiva en ciertos aspectos de la vida en Afganistán, a diferencia de la Alianza del Norte. Controlaron la anarquía, prohibieron el ubicuo uso de armas entre los civiles, defendieron el derecho establecido por el Corán de las mujeres a heredar, enfrentándose por ello a las tribus patanas, y suprimieron el cultivo y

comercio del opio. Brotaba la tímida formación de un cuasi-Estado. Se podía andar sin miedo de noche por las calles y por primera vez en 22 años se empezaba a pensar en términos de futuro en Afganistán. Si Occidente los hubiera reconocido y formado, los hubiera admitido en la hermandad de naciones, enseñándoles a gestionar un Estado, algo podría haber florecido. Sin embargo, se vieron acorralados, como animales en una jaula, por un domador y reaccionaron como les permitía su pobre formación, que Occidente debiera haber ampliado y no condenado"; todo esto nos cuentan nuestros amigos, recordando que, bajo la dominación de la Northern Alliance, su misión resultaba prácticamente imposible. Sin embargo, cuando hemos relatado estos datos a los periodistas occidentales sedientos de información noticiosa, esto no pareció interesarles, quizá porque decir algo positivo de los talibanes resultaría non gratum en Occidente en estos momentos. Un demonio sin paliativos ni rasgos humanos, un enemigo claro y bien definido, es más consumible.

Tampoco resultará de recibo avisar a los norteamericanos de que probablemente saldrán victoriosos gracias a su tecnología, pero que si se adentran por tierra, se preparen a a sufrir severo castigo. Los afganos ya no tienen nada que perder y conocen el terreno palmo a palmo. No en vano Sun Tzu, en su clásico "Arte de la guerra", redactado posiblemente durante el período de los reinos combatientes (403-221 antes de Cristo), estimaba el factor "terreno" decisivo para el resultado de una guerra, elaborando una sorprendente taxonomía que sugeriría a Borges sus clasificaciones de estilo chino, para una de sus más fascinantes historias. La última y más peligrosa categoría de la lista descriptora de posibles terrenos de batalla es "desesperado". Tal es Afganistán.

En su comentario al "Arte de la guerra" de Sun Tzu, el general Tao Hanzhang, del ejército chino contemporáneo, cuerpo muy afín a Paquistán pues China ha sido siempre aliada y entregada protectora desde la creación del país, hace una descripción referente a como, a veces, alguien de fuerza inferior puede ganar ventaja si aprovecha lo que tiene a su favor, que podríamos aplicar a la situación que se avecina: "en el sur de China, existe un pequeño animal, especie de gato asilvestrado, del mismo tamaño que el gato doméstico. Es mucho más débil que un tigre, pero generalmente, siempre que ve a un tigre, le ataca. Es tan ágil como una ardilla y normalmente acecha desde un árbol, hasta que salta de repente sobre el lomo del tigre, agarra la cola, y utiliza sus afiladas garras para rascar vigorosamente el ano del tigre. El tigre salta y ruge de dolor, pero no logra alcanzar al gato. Lo único que el tigre puede hacer es rodar por el suelo, mientras que el pequeño animal se escapa a toda velocidad." Y, si nos atenemos a la historia, ese gato tiene, desde luego, algo de afgano.

FIN 2ª y última parte de la I CARTA PATANA